



FIDUCIA



La Confianza que nace de la Fe

ANTE nuestros ojos está el Descendimiento. Aquel que es la Verdad y la Luz, que es el camino de Vida, es descendido de la Cruz con su cuerpo muerto, en medio del dolor del pequeño grupo que Lo rodea, entre los cuales están Su Madre y San Juan que fueron fieles en todo momento. La Verdad y la Luz parecen haber sido destruidas y el triunfo del mal asemeja ser completo, es como si todo estuviese perdido.

"La tierra se estremece" y la "desolación cubre todo el universo"; son momentos terribles y dolorosos, momentos de confusión para muchos.

Días de obscuridad en que pareciendo todo perdido les fue exigido a los hombres creer y esperar.

LOS días oscuros de tribulación vienen siempre a exigir a los hombres, el fortalecimiento de aquella Confianza que nace de la Fe y es por eso que cuando el mal y el error parecen alcanzar su triunfo, cuando todas las armas y todos los éxitos parecen pertenecer a los enemigos de Cristo y de su Iglesia, el sacrificio y la penitencia de sus verdaderos seguidores, es la perseverancia, es el cumplimiento lleno de Fe y Confianza de los preceptos y deberes que su fidelidad a Cristo y a su Iglesia, les está ordenando. Los días de angustia y confusión en un hombre, los días de tribulación en una familia, los días de obscura confusión y tribulación en una sociedad estarán siempre imperando ese cumplimiento fiel y esperanzado, que en cada circunstancia dolorosa y hasta incomprensible, se le exige al ser humano.

Año 2 - N.º 6

MARZO - 1964



FIDUCIA

Director: PATRICIO LARRAIN B.

Casilla 13772. - Correo 15. - Santiago - Chile.

Marzo

1964

Confianza que nace...

Es esa incommensurable lección de fidelidad, de valentía y esperanza en el cumplimiento estricto del propio destino, en la encarnación pura y sin transigencias de los valores del Catolicismo, cualquiera que sean las circunstancias individuales o sociales que el error y el mal hayan causado; es esa noble lección que sugiere la vista de aquel Descendimiento y de toda la Pasión de Cristo, la que recoge y profundiza con admirable varonilidad y con honda delicadeza en las meditaciones del Vía Crucis que hoy publicamos, el profesor Plinio Correa de Oliveira.

Las páginas centrales de nuestra revista se honran en publicar, traducida a la lengua castellana, esta verdadera oración a la Pasión de Cristo de un laico católico, que con claridad y penetración poco comunes, va develando la realidad de la lucha entre el bien y el mal, entre la verdad y el error, profundizando ante cada Estación lo que aquella lucha significa para nuestra actitud vital, para nuestra real fidelidad en un siglo desordenado bajo el imperio de la Revolución; profundizando lo que significa hasta las últimas consecuencias en una visión de religiosa reciedumbre, la militancia con Cristo y la militancia contra Cristo.

Porque hoy cuando la Revolución anticristiana en la que el mal y la anti-Iglesia se han encarnado a través de siglos, parece estar presente tanto en las grandes cuestiones doctrinarias como en las pequeñas actitudes diarias; hoy cuando se contempla su obra devastadora tanto en la esclavitud y persecución desembozada impuesta a la Iglesia en innumerables regiones, como en el ateísmo de los Estados y en la socialización y comunización crecientes de las sociedades e instituciones; cuando la Revolución ha hecho triunfar sus principios en el arte, en la pseudo-religiosidad, en una concepción de la vida afeminada y transigente, en el lenguaje y en las modas; cuando todo esto ocurre, pensamos que nuestras sociedades se desintegran y se acercan días difíciles, porque nuestros hombres y mujeres van viviendo dispuestos a asimilar los errores encubiertos y las posiciones ambiguas que la Revolución suscita para limar las aristas definidas del Catolicismo. Pensamos que se acercan días difíciles, porque una moral nueva se ha instalado entre nosotros liberando la actividad y conducta humanas de los principios que debieran regirlas, y la sociedad ya no sabe o no quiere defenderse contra la planeada y ficticia agitación revolucionaria; siendo así que día a día va ésta logrando sus fines ante las leyes enfermas y debilitadas de nuestras naciones, que ya no pueden ser utilizadas en contra de los enemigos de la Iglesia y Occidente. Porque todo esto ocurre, porque la Religión no es padrón y guía en la vida de los pueblos, decimos que la sociedad pasa por oscuros días de confusión y que casi todas las armas parecen pertenecer a los enemigos de Cristo y de su Iglesia. Y es en situaciones como éstas cuando se requiere redoblar nuestros esfuerzos, redoblar nuestra fidelidad y confianza aunque todo se nos muestre incierto.

Destacamos al respecto en estas líneas el admirable conjunto de meditaciones del profesor Plinio Correa de Oliveira, sobre la Pasión de Cristo y la entregamos a la detenida reflexión de nuestros lectores, son ellas consecuencias y verdaderas, son palabras de fidelidad y confianza aunque todo nos parezca incierto.

213 Padres Conciliares de 54 países

La distribución, por países, de los 213 Padres Conciliares que firmaron la petición sobre el esquema contra el comunismo y socialismo, es la siguiente:

Alemania, 2; Angola, 1; Arabia, 1; Argentina, 9; Australia, 2; Austria, 1; Basutolandia, 1; Borneo, 1; Brasil, 53; Canadá, 8; Chile, 1; China (Formosa en el exilio), 11; Colombia, 7; Congo (ex-belga), 1; El Salvador, 1; España, 5; Estados Unidos, 2; Filipinas, 4; Francia, 5; Ghana, 1; Grecia, 1; Guatemala, 1; Haití, 2; Honduras, 2; India, 6; Inglaterra, 1; Irak, 4; Irlanda, 1; Italia, 29; Kenia, 1; Letonia (en el exilio), 2; Líbano, 2; México, 7; Mozambique, 1; Nigeria, 1; Noruega, 1; Nueva Celedonia, 1; Nueva Guinea, 1; Nueva Zelanda, 1; Perú, 8; Polinesia, 1; Puerto Rico, 1; Portugal, 6; República Dominicana, 1; Rodesia, 2; Sierra Leona, 1; Siria, 1; Sudán, 1; Suiza, 1; Sudeste Africano, 1; Tanganica, 1; Uganda, 1; Uruguay, 4; Venezuela, 1.

La Actual Amenaza y un Histórico Documento

Una grave situación se nos plantea el presente año, tanto desde el punto de vista nacional como internacional y es que en ambos planos crece la propagación de la herejía marxista que amenaza con expandir su dominación por todo el mundo.

Y esto ocurre ante los ojos perplejos de algunos y la mirada atargada y sin vida de la gran mayoría, ya esclavizada espiritualmente por las consignas de la Revolución. Da la impresión de que todo esto ocurre sin que sepamos por qué. ¿Por qué los pueblos quieren la dominación política del marxismo? se preguntarán muchos, y otros se encontrarán ante el hecho ya indiscutible de que la hipótesis del Comunismo como causado por un problema económico-social no resiste el menor análisis. Entretanto, sin embargo, los líderes occidentales que temen la amenaza de Pekín, buscan la coexistencia transigente con Moscú, provocando el debilitamiento y el desarme de Occidente en su guerra ideológica con el Comunismo y siendo vencidos día a día en la llamada guerra fría. Esto en un plano político-internacional que tiene, claro está, evidentes repercusiones en la opinión pública de los países occidentales, si observamos ahora nuestras naciones en sí, esa tendencia hacia la herejía marxista cobra caracteres de inmensa gravedad y de inminente peligro. En ambos planos crece la propagación de los errores de la secta internacional, como una especie de gran absurdo que no alcanza a comprenderse a simple vista, más aún en naciones de raíz cristiana como las de Iberoamérica: y ante ello se levanta con más fuerza el perplejo interrogante. ¿Por qué los pueblos cristianos quieren la dominación política del marxismo?

Cuánta ceguera y confusión nos azota en nuestros días: cómo nos olvidamos que a aquellos pueblos de raigambre cristiana, se les ha llevado durante siglos a olvidar su tradición y su origen, se les ha hecho olvidar bajo los imperativos más diversos su condición de católicos; cuántos años de aconfesionalismo, cuántas falsas consignas de libertad, igualdad y fraternidad, cuántos siglos de Revolución igualitaria han sido el antecedente de lo que hoy estamos presenciando.

El Comunismo que hoy recorre el mundo, no es un problema económico, no es un desconcertante problema político, es el Comunismo la última fase de la Revolución anticristiana; el Comunismo, y lo decimos lentamente, es herejía. Y esto a muchos católicos habrá

de parecer hasta ridículo, lejano, inesperado, pero volvemos a repetirlo, el comunismo es doctrina herejética; es doctrina de pecado, y si no entendemos la honda trascendencia que ello implica, es porque nuestra Fe ya no está, es porque nuestro catolicismo ya no informa nuestro pensamiento y nuestras vidas.

De allí brota con toda su fuerza y autenticidad nuestro anticomunismo, sobrepasando lo exclusivamente jurídico o político, para transformarse en imperativo moral y religioso.

Más allá de toda circunstancia, debe ser combatida la Revolución anticristiana, la Revolución que está provocando la caída de Occidente y que puede tener un día nombre de progresismo demagógico, otro día nombre de afeminada religiosidad y de liturgismo, o nombre de reformismo igualitario, o nombre de cristianismo socialista o nombre de laicismo arreligioso. Es la Revolución que adopta apariencias y formas diversas, que actúa en las tendencias, en las ideas y en los hechos, y prepara hoy el advenimiento de la herejía marxista. Combatirla en toda circunstancia es por lo mismo, una cuestión de conciencia.

Pero a nuestros pueblos no se le han redescubiertos los valores cristianos, no se les ha predicado la verdad, se les ha incitado por el camino de la Revolución.

Cuan oportuno y dramático fue a este respecto el notable hecho ocurrido al finalizar la segunda etapa del Concilio Vaticano II, cuando más de doscientos padres conciliares encabezados por Do Geraldo de Proenca Sigaud, Arzobispo de Diamantina y D. Antonio de Castro Mayer, Obispo de Campos, presentaron para la consideración en la tercera etapa del Concilio, una extensa y muy bien fundamentada petición con el objeto de que la magna Asamblea de la Jerarquía católica haga una urgente y nueva condenación del socialismo y del marxismo. El texto completo de este histórico y trascendental documento lo publica nuestra revista como una primicia dentro de las publicaciones en nuestro idioma, y corresponde enteramente al texto latino de la misma. Nuestros lectores podrán comprender dentro de la línea de lo que venimos exponiendo en este artículo, la importancia, y actualidad de esta petición y estamos ciertos habrá de servir de clara pauta moral y doctrinaria en medio de tanta incertidumbre y confusión.

Patricio Amunátegui Monckeberg

Texto de la Petición firmada individualmente por más de doscientos Padres Conciliares



Eminentísimo y Reverendísimo señor:

Movido por el deseo de que del Concilio Vaticano II se obtenga el mayor fruto para el bien de las almas, y formulando mis respetuosos saludos a Vuestra Eminencia, le entrego esta petición, rogando quiera someterla a la Comisión que preside, para enseguida, si fuese de Vuestra Voluntad, presentarla al Santísimo Padre.

FUNDAMENTO

Excelente ocasión nos ofrece el Concilio Ecu-
ménico, para tratar de las cuestiones de mayor
importancia para el bien de la Iglesia y la salva-
ción de las almas. Tales parecen ser las que dicen
relación a la secta comunista, socialista o marxista.
Pues se trata de algo que interesa sobremane-
ra a la salvación de gran número de fieles: en pri-
mer lugar, de aquellos que, viviendo bajo el yugo
de los comunistas, ya están privados de la libertad
de servir a Dios, como lo exige la conciencia cató-
lica; después, de los que se hallan en peligro de
caer bajo el mismo yugo. Como, entretanto, el de-
signio comunista de dominar todas las naciones
se fortalece día a día, se puede decir que la Igle-
sia se encuentra en numerosas regiones en la in-
minencia de cruel servidumbre y de atroz perse-
cución.

Que el Concilio trate de cuestión tan grave, me
parece no sólo oportuno, sino más aún necesario.
Expondré algunas razones más profundas de esa
necesidad.

I.—Circulan entre católicos numerosos erro-
res y estados de espíritu que encuentran su ori-
gen en la Revolución Francesa y son difundidos
por la propaganda bolchevique; ellos tornan pro-
pensos los espíritus a aceptar las doctrinas mar-
xistas y la estructura social y económica del co-
munismo. Cautivados por tales ideas, muchos ca-
tólicos consideran con simpatía al comunismo, ad-
miran las naciones comunistas, ponen en duda los
propios fundamentos del orden social cristiano, o
lo conciben según lo que agrada a los comunistas.
Más aún, hay muchos fieles que experimentan un
cierto sentimiento de culpabilidad porque aún no
profesan abiertamente el comunismo o el socia-
lismo.

Los principales errores y desviaciones de espí-
ritu son los siguientes:

1.—Día a día se vuelve más común la opinión
de que es injusta toda superioridad social o eco-
nómica, de modo que sólo la omnímoda igualdad
de fortuna entre los hombres sería conforme al
Evangelio, erradicada, además, cualquiera otra di-
versidad social.

Sí, pues, algunos hombres, sean ciudadanos del
mismo país, sean extraños, sufren los efectos de

cierta pobreza, entienden esos católicos que todos
los otros hombres, que gozan de bienes más allá
de la medida de lo estrictamente necesario para vi-
vir, deben renunciar no sólo a los bienes super-
fluos, sino hasta los que les son absolutamente
necesarios para poder conservar el modo de vida
según la posición social que les es propia. Por
eso, para tales católicos, toda opulencia familiar
o nacional debe ser siempre tenida por robo e in-
justa retención de bienes que pertenecerían a las
clases más modestas. De ahí deducen la gravísi-
ma consecuencia, que se puede enunciar así: las
clases más modestas tienen estricto derecho a los
bienes que deben ser considerados como neces-
arios, pero no estrictamente para vivir, sino (neces-
arios) para el modo de vida según la posición so-
cial propia a otro. Y, puesto que ellas tienen de-
recho, pueden tomarlos por la fuerza. Lo que apli-
cado a la convivencia de los pueblos da por resul-
tado que las naciones de menor cultura y de me-
nor riqueza tienen derecho a exigir de las naciones
más cultas y más ricas participación en los bienes
que estas poseen, sean de cultura, sean de fortuna.
Les es pues lícito, si fuera el caso, tomar violenta-
mente las riquezas de las más afortunadas. Tal
consecuencia, sino en la práctica, por lo menos
en teoría, aquellos católicos no la rechazan.

2.—Esos católicos entienden que la Santa Se-
de debe distribuir, para ayudar a los pobres y a los
necesitados, los tesoros del Vaticano y de las Ba-
silicas romanas, así como las obras de arte que po-
see. Los Obispos, los monasterios y los presbite-
rios deberían renunciar a todas las riquezas, con-
servando tan solo aquellas que fueran necesarias
para mantener estrictamente la vida.

3.—Tales errores son difundidos por muchos
maestros pertenecientes a las filas del Clero. Pro-
pagándose bajo apariencia de justicia y de cari-
dad inducen a numerosos fieles a admitir falsas
doctrinas y principios, crean un espíritu contra-
rio al orden social católico y tendiente al iguali-
tario social.

II.—Paso a tratar otro aspecto de la situación
actual del Catolicismo.

La sagacidad de los comunistas viene aplicando
en los últimos años un nuevo método estratégico.
Proclama el gobierno ruso la necesidad de la
coexistencia pacífica y ostenta una liberalidad fic-
ticia. Esta momentánea disminución del rigor del
sistema político crea la ilusión de una cierta evo-
lución de las naciones comunistas que, insensibi-
lmente, caminarían para un tipo de sociedad que
podría ser tolerado y hasta deseado por los cató-
licos.

En esa nueva sociedad marxista el Estado per-
mitiría una cierta liberalidad de hablar y de pen-
sar, atenuaría el rigor policial, toleraría la reli-
gión, mas no admitiría el derecho de propiedad,
ni consentiría en el uso de la propiedad privada.

Muchos católicos modernos consideran tolera-
ble ese régimen, y entienden que la Iglesia nada
de esencial tendría que oponer a tal Estado socia-
lista. Favorecen ellos la opinión de los que dicen
que la propiedad privada no trae ventajas a la
Iglesia, sino tan sólo a los propietarios, y por tan-
to, según el modo de ver de ellos, la Iglesia no
tendría razón alguna para luchar en favor del de-
recho de propiedad. Sería, pues, lícito al católico
dar su adhesión y prestar su apoyo a un régimen
social en que no se admitiese o se coartase grave-
mente ese derecho de propiedad.

Apoiados en tales opiniones, muchos católicos,
reputan que la llamada sociedad occidental, por
causa de abusos del régimen capitalista bajo el
cual viven, es peor que la sociedad comunista.

Consideran, realmente, insanables los abusos
del capitalismo, y por eso dicen que en nada inte-



resa a la causa católica que vivamos bajo un ré-
gimen occidental libre, o bajo la servidumbre co-
munista. Más aún, no se avergüenzan de afirmar
que al régimen de las naciones capitalistas, como
dicen, prefieren el régimen marxista.

III.—De tal modo se ponen las cosas, que esa
infestación general de ideas y de mentalidad mar-
xista, exige absolutamente del Concilio una pala-
bra que pueda tranquilizar a la conciencia cristia-
na. Esa palabra, según me parece, no puede ser
omitida sin gravísimo daño de las almas. Real-
mente, el marxismo y el comunismo deben ser con-
siderados como las mayores y más peligrosas he-
rejas de este siglo; los fieles, por tanto, quedarían
perplejos si el Concilio no abordase cuestión de
tanta actualidad.

PETICION

Puesto que ya se ve que una constitución doctri-
naria y pastoral respecto del marxismo, socialis-
mo y comunismo no creará el mínimo obstáculo a
la acción de la Santa Sede en pro de la existencia
pacífica de todos los hombres y de todas las na-
ciones, ruego, fundamentado en las gravísimas ra-
zones que expuse, dignese la Comisión para Asun-
tos Extraordinarios del Concilio Vaticano II pre-
sentar al Sumo Pontífice el deseo de muchos Obis-
pos, y de numerosos fieles, en el sentido de que
el Santísimo Padre determine la elaboración y el
estudio de un esquema de constitución conciliar
en el cual:

1.—Se exponga con grande claridad la doctri-
na social católica, y se denuncien los errores del
marxismo, del socialismo y del comunismo, bajo
el aspecto filosófico, sociológico y económico;

2.—Sean combatidos aquellos errores y aquella
mentalidad que preparan el espíritu de los ca-
tólicos para la aceptación del socialismo y del co-
munismo, y que los tornan propensos a los mis-
mos.

CONCLUSION

Sé con certeza, Eminentísimo y Reverendísimo
señor, de la opinión de numerosos Padres Con-
ciliares que, movidos por la misma solicitud y an-
gustia, desean tratar de estas cosas en Concilio.
Alimento la esperanza de que, atendiendo a tan
intensos deseos, Vuestra Eminencia presentará es-
ta petición a los egregios miembros de la Comi-
sión que preside, y después llevará al conoci-
miento del soberano Pontífice el deseo y la peti-
ción de tantos Padres Conciliares.

Besando la sagrada Púrpura, me profeso de
Vuestra Eminencia, devotísimo.



A propósito del

"Movimiento Católico Allendista"

Nos hemos propuesto abordar el tema del marxismo, (comprendiendo bajo esta denominación al comunismo y socialismo), y la apertura de ciertos católicos hacia la izquierda, en vías de conciliar la verdad con el error, el bien con el mal, el catolicismo con el marxismo. ¡Cómo si no fuesen por su propia naturaleza irreconciliables!

De esta tendencia, de esta actitud, de sectores católicos, el marxismo ha sacado provecho, y es así como hoy vemos en nuestro país, nacer y organizarse, para colaborar en la implantación de esta filosofía atea y materialista, el llamado "Movimiento Católico Allendista".

Nuestro objetivo será entonces, exponer lo irreconciliable de la verdad con el error, de la justicia con la iniquidad, del bien con el mal. Desentrañar así, la equívoca y heterodoxa tendencia y actitud de aquellos católicos que llamaremos de **tercera posición**, y mostrar de esta manera, el absurdo moral y teológico que significa afirmar: "hay algo peor que el comunismo y es el anti-comunismo".

El que exista en nuestro país, el "Movimiento Católico Allendista", es la táctica lógica que el marxismo extrae a raíz de la existencia de esa **tercera posición** católica que se niega a combatirlo. Pues aprovecha aquella relajación en la defensa de la verdad, que tal posición implica, para propagar su errónea doctrina, y atraer hacia sus filas a aquellos que, dotados de una menor formación con respecto al problema, no ven al marxismo como anti-Iglesia, no lo ven como un movimiento contra Dios.

Por lo tanto, atender las causas de esta indiferencia católica frente a la lucha contra el error marxista, es estar atendiendo en su verdadera causa, el que haya en este momento, católicos colaborando con el marxismo.

¿Por qué el comunismo y socialismo, no promovieron antes, frente a pasados hechos políticos nacionales, movimientos llamados católicos?

¿No sería acaso porque los católicos tenían entonces, una clara y expresa convicción del carácter ateo y materialista del marxismo, y por lo mismo no resultaba fácil engañarlos?

Todo en la naturaleza nos está mostrando, que si no existe previamente un ambiente adecuado, un clima favorable, para su cultivo y desarrollo, aquella planta, aquel animal, no se pueden desarrollar como les conviene a su naturaleza. En la sociedad ocurre algo análogo, mientras no se presentan los ambientes favorables, las tendencias adecuadas, los movimientos políticos y sociales no se producen ni prosperan. Mas si por el contrario, el habitat es favorable para aquella planta, para aquel animal, éstos crecen y se multiplican. Y es lo que en Chile sucede: esa **tercera posición** de católicos, contribuye de manera directa, en la creación del ambiente que es propicio al desarrollo de mentalidades que en sus estratos más profundos, son potencialmente marxistas, y prontas en cualquier momento, a cristalizar en franco y declarado comunismo.

II

LA REVOLUCION Y LA CRISIS EN EL ALMA

Debemos, ante el problema así planteado, proceder con cierto orden. Previamente, hay un antecedente que es necesario atender. La marcha cinco veces secular de la **Revolución** (1), la que a partir del siglo XV a través de sus sucesivas etapas: Renacimiento, Pseudo-

Reforma, Revolución Francesa y Comunismo, lucha contra el Orden Cristiano, contra aquel Orden que la Cristiandad Medieval impuso en el mundo occidental. La **Revolución** se moviliza en obediencia a dos principios metafísicos: **libertad e igualdad absoluta**, a los que sirven dos pasiones desarregladas: **la sensualidad y el orgullo**. Por tanto, la **Revolución** es una crisis moral en el alma del hombre occidental y cristiano; es, además, una apostasía gradual que hoy culmina con el comunismo, que exclama: ¡Odio a Dios y a su Iglesia, adoro a la materia! ¡Destruyo la desigualdad, impongo el igualitarismo colectivista! ¡No quiero el orden impuesto por Dios, amo el desorden que nace del odio de clases y que devendrá en un nuevo orden, cuyo autor será el hombre ateo que se liberó de Dios!

El marxismo es el grito orgulloso del impío que odia a Dios, y cuyo objetivo es destruir la Iglesia, tras su afán diabólico de igualitarismo absoluto. Y así, estamos con Cristo o contra Cristo, no hay términos medios, no hay medias tintas, no hay tonalidades intermedias.

III

EL "MARITAINISMO":

UNA TERCERA POSICION

Un poderoso agente en la formación de esa mentalidad potencialmente marxista en los católicos es el "**maritainismo**". Ideología postulada por Jacobo Maritain, y que no es otra cosa que la tendencia pro-marxista llevada a nivel de ideología; y que por lo tanto, se identifica con esas actitudes de adaptación, de conciliación, de mutua colaboración con el marxismo. El "**maritainismo**" es una tendencia ideológica de lenta y sutil socialización, pues lleva a la comunión teórica con principios marxistas. Esto lo vemos, frente al derecho de propiedad privada, frente a la concepción igualitaria de la sociedad.

Uno de los postulados del "**maritainismo**" es la creación de un **tercer frente** (ni marxista, ni anti-marxista), es decir, de una antesis al socialismo y al comunismo. **Tercer frente** basado en la fraternidad inespecífica y vaga, que bien puede ser cristiana, masónica o marxista; en el fondo se trata de una fraternidad laica y natural; y en la buena voluntad, no aquella que ama al prójimo por amor a Dios, orientada hacia el Bien e intolerante para con el mal; no, es una buena voluntad sentimental, tolerante con viciosas ideologías, no importando que quienes así se agrupan, amen u odien a Dios, sean católicos o sectarios o ateos, lo que importa es acordar y fijar un mismo objetivo común de reformas igualitarias, un objetivo común ajeno al dogma y a la fe.

Junto a aquella **tercera posición**, el "**maritainismo**", propone un humanismo laico, en el que sólo caben valores naturales ajenos al dogma. Humanismo que conduce a la laicización de las mentes, a la aconfesionalidad o interconfesionalidad de las instituciones. Es el mezclar incierto e indefinido de pseudos valores cristianos con elementos extraños y contrarios al Evangelio y al Magisterio de la Iglesia. Así, el hombre ya no mira a Dios como su fin y como fuente única de verdaderos valores sobrenaturales, sólo alcanzables por medio de la única religión verdadera, la Religión Católica. Baja su vista, mira la humanidad, es el humanismo. Luego, ya no mirará a la humanidad, mirará la materia y en ella fijará su vista, es el materialismo. Proceso paulatino que lógicamente concluye en la ruptura total con Dios y en la entrega total al marxismo, pasando por sus etapas intermedias.

(1) Ver "Revolución y Contra-Revolución". Plinio Correa de Oliveira. — "Fiducia" N.º de Agosto a Noviembre de 1963.

"Si el comunismo —nos dice Maritain— no fuera más que un sistema económico, podría concebirse, cualquiera fuere el valor intrínseco de tal sistema, un **comunismo cristiano**". ("Cristianismo y Democracia"). Aquí vemos expresada esa tendencia conciliatoria que acusábamos, ese injertar valores con anti-valores, ese ir dando paso al materialismo, esa seducción que en católicos ejerce el marxismo. ¿No es acaso el sistema económico comunista: colectivista, igualitario, enemigo del derecho natural de propiedad privada, enemigo de la familia como institución sagrada? ¿No es estar en oposición a las enseñanzas pontificias que nos dicen que: "Socialismo religioso, **socialismo cristiano son términos contradictorios**: nadie puede al mismo tiempo ser buen católico y socialista verdadero"? (S.S. Pío XI, "Quadragesimo Anno").

Su Santidad Pío XI en su encíclica "Divini Redemptoris" nos enseñó, en oposición al "maritainismo" conciliatorio, y a la valoración naturalista del comunismo, un claro principio que exige una clara actitud... "que los fieles no se dejen engañar. **El comunismo es intrínsecamente perverso y no se puede admitir que colaboren con él en ningún terreno los que quieren salvar la civilización cristiana**. Y si algunos, inducidos al error, cooperasen en la victoria del comunismo en sus países, serán los primeros en ser víctimas de su error".

Pero para desgracia de la civilización cristiana, y de nuestro propio país, los hombres no quieren atender las palabras de Pío XI, y católicos chilenos colaboran con el marxismo. Que luego más tarde se levantará, como bien lo advierte el Papa, en cruel verdugo de todos aquéllos que no hagan apostasía de su fe, y en encarnizado perseguidor de la Iglesia, como son elocuente ejemplo de ello: Rusia, China, Hungría y Cuba.

No hay forma posible de conciliar, la Palabra de Dios intrínsecamente buena, y el marxismo intrínsecamente perverso.

Otra tesis del "maritainismo" es su equívoca valoración en las causas del comunismo. Y cuya aceptación es caer en el señuelo hábilmente tendido por el comunismo, y equivocarse su causa viendo sólo un medio del que éste se vale. Minimizar el problema en un mero asunto de origen económico. Verlo así: el comunismo es un problema de pobreza, de egoísmo, solucionable mediante reformas estructurales, cada vez más audaces en sus presupuestos socialistas que exaltan problemáticas inexistentes. Esto es no ver que el problema está en el interior del hombre, en su alma, en su fe, en su moral.

Es así como Maritain nos dice: "Mirando las cosas en forma global, podemos reconocer tres causas generales del desarrollo del comunismo. La primera, y más importante, es la miseria y la humillación de las ma-

sas; la segunda, el egoísmo y la incompreensión de las clases dominantes, a la cual se unen las amenazas dictatoriales de ciertos partidos políticos; y en tercer lugar, Moscú y la propaganda marxista. A esas tres causas hay que atender, y la tercera es eficaz sólo porque median las otras dos".

En otras palabras, lo que se sostiene es que el comunismo existe porque hay miseria, nada más falso; "porque —como dice S.S. Pío XI— el mal que hay que combatir es, considerado en su raíz más profunda, **un mal de naturaleza espiritual**, y de esta corrompida fuente ideológica es de donde brotan con lógica diabólica todas las monstruosidades del comunismo" ("Divini Redemptoris"). Por lo tanto, como nos enseña Pío XI, la causa del comunismo es una crisis espiritual, una crisis moral, "**corrompida fuente ideológica**" que odia a Dios y a su Iglesia.

Años antes que brotara el "maritainismo", S.S. León XII decía: "Algunos comulgan con la opinión, demasiado vulgarizada, de que la cuestión social, como vulgarmente se dice, es solamente económica; pero **la verdad es que principalmente es moral y religiosa**, y por este motivo, debe ser resuelta, sobre todo, en conformidad con las leyes de la Moral y de la Religión" ("Grave Communi", 18 [1]1901).

IV

EL ENGAÑO EN LA TACTICA MARXISTA

Por otra parte, tenemos la cínica actitud táctica del marxismo de respeto para con la religión, y en la que invita a los católicos a la colaboración en asuntos aparentemente caritativos e inocentes, y en la que muchos ingenuos se dejan engañar. Táctica que por lo demás no es nueva, pues ya en el año 1937 S.S. Pío XI nos advertía que no nos dejásemos engañar: "Al principio el comunismo se mostró tal cual era en toda su perversidad, pero pronto cayó en la cuenta de que tal proceder alejaba de sí a los pueblos, y por esto ha cambiado de táctica y procura atraerse las muchedumbres con diversos engaños, ocultando sus designios bajo ideas que en sí mismas son buenas y atrayentes. (...) Así, bajo diversos nombres y sin alusión alguna al comunismo fundan asociaciones y periódicos que luego no sirven sino para lograr que sus ideas vayan penetrando en medios que de otro modo no les serían fácilmente accesibles; y pérfidamente procuran infiltrarse hasta en asociaciones abiertamente católicas y religiosas. Así, en otras partes, sin renunciar en lo más mínimo a sus perversos principios, invitan a los católicos a colaborar con ellos en el campo llamado humanitario y caritativo, a veces proponiendo cosas completamente conformes al espíritu cristiano y a la doctrina de la Iglesia" (Podemos

aquí citar un hecho, que constituye un clarísimo ejemplo de cómo el comunismo —y en este caso en Chile— usa de tales artificios. Es así como el secretario general comunista Luis Corvalán, se esforzó en señalar que no había antagonismo entre el comunismo y la Iglesia Católica. Dijo que en su opinión, "es más importante darle leche a los niños que decir que existe o no existe Dios". ("El Diario Ilustrado" 7 [12]1963). "En otras partes —continúa diciendo S.S. Pío XI— llevan su hipocresía hasta hacer creer que el comunismo en los países de mayor fe o de mayor cultura tomará un aspecto más suave, y no impedirá el culto religioso y respetará la libertad de conciencia" (Divini Redemptoris").

V

SER CATOLICO
ES SER ANTI-COMUNISTA

Es el marxismo un mal espiritual, una doctrina "intrínsecamente perversa"; ante la cual, no basta enunciar la verdad, como algunos pretenden, sino que además es necesario combatir contra ella. Pues priva a las almas de la vida sobrenatural, siendo por lo tanto, fuente de condenación. Y si quién mata el cuerpo se lo persigue, juzga y ejecuta. ¿Qué decir de aquellas doctrinas y de sus secuaces que matan la vida sobrenatural de las almas?

Es el primer mandamiento de la Ley de Dios el que nos manda luchar contra el comunismo. Amar a Dios por sobre todas las cosas, y al prójimo como a sí mismo. El marxismo predica el ateísmo, el odio a Dios, y en su lugar, exalta a la materia por sobre todo. Es el primer mandamiento que nos obliga, por amor al prójimo como a nosotros mismos que queremos la salvación de nuestras almas, a luchar contra aquella filosofía que es causa de condenación eterna. Por esto se ha de tener, "sumo cuidado en que los hijos de la Iglesia Católica no den su nombre a la abominable secta ni le hagan favor bajo ningún pretexto" (S.S. León XIII, "Quod Apostolici Muneris", 28 [12]1878).

Nada más claro y nada más olvidado por causa del silencio.

El católico, no debe desfallecer en su fortaleza, aunque arrecie el combate, pues ha nacido para la lucha contra el error y el mal. El católico ha de luchar por amor a Dios y para la salvación de las almas. Y mientras esté en esta vida tendrá que luchar contra aquellos que a impulsos de su odio a Dios buscan la perdición de los hombres.

"Quien no está por Mí está contra Mí, y quien no recoge conmigo, desparrama" (S. Lucas XI, 23).

Javier Polanco Silva

"FIDUCIA"

Casilla 13772. - Correo 15.

Santiago - Chile.

SUSCRIPCION:

Gran benefactor	12 N.os Eº 10,—
Colaborador	12 N.os Eº 6,—
Corriente	12 N.os Eº 2,40

Si desea suscribirse, envíe cheque cruzado a nombre de Patricio Larraín B., a nuestra dirección.

AGENTES EN CHILE

SUSCRIPCION ANUAL:

Al exterior	12 N.os Eº 3,50
-----------------------	-----------------

Si desea suscribirse, envíe cheque cruzado a nombre de Patricio Larraín B., a nuestra dirección.



(Meditaciones del Vía Crucis,
escritas por el Dr. Plinio Correa de Oliveira)

1.A ESTACION

Jesús es condenado a muerte

El juez que cometió el crimen profesional más monstruoso de toda la historia, no fue impulsado a ello por el tumulto de ninguna pasión ardiente. No lo cegó el odio ideológico, ni la ambición de nuevas riquezas, ni el deseo de complacer a alguna Salomé. Lo movió, a condenar al justo, el recelo de perder el cargo pareciendo poco celoso de las prerrogativas del César; el miedo de crear para sí complicaciones políticas, desagradando al populacho judío; el miedo instintivo de decir "no", de hacer lo contrario de lo que se pide, de enfrentar el ambiente con actitudes y opiniones diferentes de las que en él imperan.

Vos, Señor, lo mirasteis por largo tiempo con aquel mirar que en un segundo operó la salvación de Pedro. Era un mirar en que se transparentaba vuestra suprema perfección moral, vuestra infinita inocencia y, entretanto, él Os condenó.

Oh Señor, ¡cuántas veces imité a Pilatos! ¡Cuántas veces, por amor a mi carrera, dejé que en mi presencia la ortodoxia fuese perseguida, y me callé! ¡Cuántas veces presencié a brazos cruzados la lucha y el martirio de los que defienden vuestra Iglesia! Y no tuve el coraje de darles siquiera una palabra de apoyo, por la abominable pereza de enfrentar a los que me rodean, de decir "no" a los que forman mi ambiente, por miedo de

ser "diferente de los otros". Como si me hubieseis creado, Señor, no para imitaros, mas para imitar servilmente a mis compañeros.

En aquel instante doloroso de la condenación, Vos sufristeis por todos los cobardes, por todos los indolentes, por todos los tibios... por mí, Señor.

¡Jesús mío, perdón y misericordia. Por la fortaleza de que me disteis ejemplo, arrojando la impopularidad y enfrentando la sentencia del magistrado romano, curad en mi alma la llaga de la molición!

2.A ESTACION

Jesús lleva la Cruz a cuestas

Iniábase así, mi adorado Señor, vuestra peregrinación hacia el lugar de la inmolación. No quiso el Padre Celestial que fueseis muerto por un golpe fulminante. Vos habríais de enseñarnos en vuestra Pasión, no apenas a morir, más, a enfrentar la muerte. Enfrentarla con serenidad, sin duda ni flaqueza, caminando hacia ella con el paso resuelto del guerrero que avanza para el combate; es la admirable lección que me dáis.

Frente al dolor, Dios mío, cuanto es mi cobardía. Ora contemplo antes de tomar mi cruz; ora retrocedo, traicionando el deber; ora por fin, yo lo acepto, mas con tanto tedio, tanta molición, que parezco odiar el fardo que vuestra voluntad me pone sobre los hombros.

En otras ocasiones, cuantas veces cierros los ojos para no ver el dolor. Me ciego voluntariamente con un optimismo estúpido, porque no tengo coraje de enfrentar la prueba. Y por esto me miento a mí mismo: no es verdad que la renuncia a aquel placer se me impone para que no caiga en pecado; no es verdad que debo vencer aquel hábito que favorece mis más arraigadas pasiones; no es verdad que debo abandonar aquel ambiente, aquella amistad que minan y arruinan toda mi vida espiritual; no, nada de esto es verdad..., cierro los ojos, y arrojo lejos mi cruz.

¡Jesús, mío, perdonadme tanta pereza, y por la llaga que la Cruz abrió en vuestros hombros, curad, Padre de las Misericordias, la llaga horrible que en mi alma abrí con años enteros vividos en el relajamiento interior y en la condescendencia para conmigo!

3.A ESTACION

Jesús cae por primera vez

¿Cómo Señor? ¿No Os será lícito, entonces, abandonar vuestra Cruz? Pues si la cargasteis hasta que todas vuestras fuerzas se agotasen, hasta que el peso insoportable del madero Os lanzase por tierra ¿no estaba bien probado que Os era imposible proseguir? Estaba cumplido vuestro deber. Que los Angeles del Cielo llevasen ahora la Cruz por Vos. Vos habíais sufrido en toda la medida de lo posible. ¿Qué más habríais de dar?

Entretanto, hicisteis de otro modo, y disteis a mi cobardía una alta lección. Agotadas vuestras fuerzas, no renunciasteis a la carga, sino que pedisteis más fuerzas aún, para cargar nuevamente la Cruz. Y las obtuvisteis.

Es difícil hoy, la vida del cristiano. Obligado a luchar sin tregua contra sí para mantenerse en la línea de los Mandamientos, parece una excepción extravagante en un mundo que ostenta en la lujuria y en la opulencia la alegría de vivir. Pesa en nuestros hombros la cruz de la fidelidad a vuestra Ley, Señor. Y, a veces el aliento parece faltarnos.

En estos instantes de prueba, sofisticamos. Ya hicimos cuanto en nosotros estaba. ¡Al final, es tan limitada la fuerza del hombre, Dios tendrá esto en cuenta!... Dejemos caer la cruz a la vera del camino y penetremos suavemente en la vida del placer. ¡Ah, cuántas cruces abandonadas a la vera de nuestros caminos, quizá a la vera de mis caminos!

VÍ CRUCIS

La extraordinaria escultura en madera Vía Crucis, mostrando el rostro de Cristo agonizante y el rostro de Cristo serva desde distintos ángulos, es conservado en San Damián en Asís, desde hace una larga historia de la cual nació esta obra.

Corría el año de 1630, cuando cierto hermano franciscano, rescatado del crucifijo. Y cuando hubo dado al cuerpo la vida con la difícil tarea de esculpir el rostro de Cristo, honda y brumosa la perplejidad del frater, el alma apesadumbrada y llena de incógnitas, de mañana se acercó a la obra que dejaría peradramente concluida, dotada de un mar artista desconocido.

Hoy contemplamos un rostro en el que la delicadeza, la varonilidad y una sobriedad digna de haber sido la obra nocturna y el rostro que nunca terminaremos de descubrir tres distintos aspectos, al Divino crucifijo, y muere.

Diríase que sonriente, con la sonrisa de la sonrisa más dulce y compasiva de en medio del dolor y la ignominia, y entra puede aún contemplar algo. Y aquello que de la creación del Padre celestial, Cristo, lado ve también a los héroes de la fidelidad, Santos Mujeres, a la fidelidad de la inpenitencia. Cristo ve a la Santa Iglesia, verdadera. Y por todo esto sonríe y en esa alegría, dice su infinito y sublime amor.

Se ve asimismo el rostro de Cristo triunfante supremo de la iniquidad; pero que hora de la misericordia extrema, de las cosas, como aquella del Buen Ladrón.

Finalmente el rostro de Cristo muerto. La cabeza de Cristo pende inerte y una sustra en su cuerpo. La iniquidad ha patentado y Jesucristo ha patentizado hasta el extremo los pies de la Cruz está María y el Apóstol.



ACIS

era que ilustra estas páginas del
to que sonríe desde la Cruz, el
de Cristo muerto si se le ob-
servado actualmente en el San-
hace tres siglos junto a la her-
a inigualable.

erta vez Fray Inocencio de Pa-
resolvió esculpir en ébano un
o la forma deseada, se enfrentó
ostro. ¿Qué aspecto darle? Era
raile. Una noche, durmióse con
cognitas al respecto. Y cuando
lara inacabada, la encontró ines-
maravilloso rostro hecho por un

que armoniosamente se funden
prenatural unción, que lo hacen
y misteriosa de un Angel; un
scubrir y que nos revela bajo
ificado que sonríe, que agoniza

risa más triste y más jubilosa,
de toda la Historia, su mirada
entre los párpados casi cerrados
que ve, es la mayor maravilla
to ve a María, Su Madre. A su
delidad: al Apóstol virgen, a las
inocencia, a la fidelidad de la
Católica su Esposa fiel y ver-
sa sonrisa Comunica algo de su

o que agoniza, que presagia el
que al mismo tiempo anticipa la
conversiones inesperadas y mi-

uerto. Todo ha sido consumado.
suavísima y divina paz se mues-
entizado su infamia hasta el fin
extremo su divina perfección; a
sto] fiel.



Dadme, Jesús, la gracia de que-
dar abrazado a mi cruz, aún cuan-
do yo desfallezca bajo el peso de
ella. Dadme la gracia de erguirme
de nuevo siempre que hubiese des-
fallecido. Dadme, Señor, la gracia
suprema de nunca salirme del ca-
mino por donde debo llegar a lo
alto de mi propio calvario.

4.A ESTACION

Encuentro de Jesús con su Madre

¿Quién, Señora, viendoos así en
llanto osaría preguntar por qué llo-
ráis? Ni la tierra, ni el mar, ni to-
do el firmamento, podrían servir
de término de comparación a vues-
tro dolor. Dadme, Madre mía, un
poco, por lo menos, de este dolor.
Dadme la gracia de llorar a Jesús,
con las lágrimas de una compun-
ción sincera y profunda.

Sufrís en unión a Jesús. Dadme
la gracia de sufrir como Vos y co-
mo El. Vuestro mayor dolor no
fue por contemplar los inexpressa-
bles padecimientos corpóreos de
vuestro Divino Hijo. ¿Qué son los
males del cuerpo en comparación
con los del alma? ¡Si Jesús sufrie-
se todos aquellos tormentos, mas
si a su lado hubiese corazones com-
pasivos! ¡Si el odio más estúpido,
más injusto, más necio, no hiriese

al Sagrado Corazón enormemente
más de lo que el peso de la Cruz
y de los malos tratos herían el
cuerpo de Nuestro Señor! Pero la
manifestación tumultuosa del odio
y de la ingratitud de aquellos a
quienes El había amado..., a dos
pasos, estaba un leproso a quien
había sanado..., más lejos, un cie-
go a quien había restituido la vis-
ta..., poco más allá un sufriente a
quien había devuelto la paz. Y to-
dos pedían su muerte, todos los
odiaban, todos lo injuriaban. Todo
esto hacía sufrir a Jesús inmensa-
mente más que los inexpressables
dolores que pesaban sobre su Cuer-
po.

Y había algo peor. Había el peor
de los males. Había el pecado, el
pecado declarado, el pecado inmen-
so, el pecado atroz. ¡Si todas aque-
llas ingratitudes fuesen hechas al
mejor de los hombres pero, por
absurdo, no ofendiesen a Dios!
Mas ellas eran hechas al Dios-Hom-
bre, y constituían contra toda la
Santísima Trinidad un pecado su-
premo. He ahí el mal mayor de la
injusticia y de la ingratitud.

Este mal no está tanto en herir
los derechos del bienhechor, sino
en ofender a Dios. Y de tantas y
tantas causas de dolor, la que más
Os hacía sufrir, Madre Santísima,
Redentor Divino, era por cierto el
pecado.

¿Y yo? ¿Me recuerdo de mis pe-
cados? ¿Me recuerdo por ejemplo
de mi primer pecado, o de mi pe-
cado más reciente? De la hora en
que lo cometí, del lugar, de las

personas que me rodeaban, de los
motivos que me llevaron a pecar?
¿Si yo hubiese pensado en toda la
ofensa que Os trae un pecado, ha-
bría osado desobedeceros, Señor?

¡Oh, Madre mía, por el dolor del
santo encuentro obtenedme la gra-
cia de tener siempre delante de
los ojos a Jesús Sufriente y Llagado,
precisamente como Lo visteis
en este paso de la Pasión!

5.A ESTACION

Jesús ayudado a llevar la Cruz por el Cireneo

¿Quién era este Simón? ¿Qué se
sabe de él, sino que era de Cirene?
¿Y qué sabe la generalidad de los
hombres sobre Cirene, sino que era
la tierra de Simón? Tanto el hom-
bre como la ciudad emergieron de
la oscuridad para la gloria, y para
la más alta de las glorias, que es
la gloria sagrada, en un momento
en que bien otros eran los pensa-
mientos del Cireneo.

El venía despreocupado por la
calle. Pensaba tan sólo en los pe-
queños problemas y en los peque-
ños intereses de que se compone
la vida menuda de la mayor parte
de los hombres. Mas Vos, Señor,
atravesasteis su camino con vues-
tras Llagas, vuestra Cruz, vuestro

inmenso dolor. Y a este Simón tocó tomar posición ante Vos. Forzaronlo a cargar la Cruz con Vos. O él la cargaría mal humorado, indiferente a Vos, procurando tornarse simpático al pueblo por medio de algún nuevo modo de aumentar vuestros tormentos de alma y de cuerpo; o la cargaría con amor, con compasión, desdeñoso al populacho, procurando aliviarlos, procurando sufrir en sí un poco de vuestro dolor, para que sufrierais un poco menos. El Cireneo prefirió padecer con Vos. Y por esto su nombre es repetido con amor, con gratitud, con santa envidia, desde hace dos mil años, por todos los hombres de fe, en toda la faz de la tierra, y así continuará siendo hasta la consumación de los siglos.

También por mis caminos Vos pasasteis, mi Jesús. Pasasteis cuando me llamasteis de las tinieblas del paganismo para el seno de vuestra Iglesia, con el Santo Bautismo. Pasasteis cuando mis padres me enseñaron a rezar. Pasasteis cuando en el curso del catecismo comencé a abrir mi alma para la verdadera doctrina católica y ortodoxa. Pasasteis en mi primera Confesión, en mi primera Comunión, en todos los momentos en que vacilé y me amparasteis, en todos los momentos en que caí y me recogisteis, en todos los momentos en que pedí y me atendisteis.

¿Y yo, Señor? Aún ahora pasáis por mí en este ejercicio de la Via Sacra. ¿Qué hago cuando Vos pasáis por mí?

6.A ESTACION

La Verónica

enjuga el rostro de Jesús

Diríase a primera vista, que mayor premio jamás hubo en la historia. En efecto, ¿qué rey tuvo en las manos tejido más precioso que aquel Velo? ¿Qué general tuvo bandera más augusta? ¿Qué gesto de coraje y de dedicación fue recompensado con favor más extraordinario?

Entretanto, hay una gracia que vale mucho más que la de poseer milagrosamente estampado en un velo el Santo Rostro del Salvador. En el velo, la representación de la Faz divina, fue hecha como en un cuadro. En la Santa Iglesia Católica, Apostólica, Romana, ella es hecha como en un espejo.

En sus instituciones, en su doctrina, en sus leyes, en su unidad, en su universalidad, en su insuperable catolicidad, la Iglesia es un verdadero espejo en el cual se refleja Nuestro Divino Salvador. Más aún, Ella es el propio Cuerpo Místico de Cristo.



¿Y nosotros, todos nosotros, tenemos la gracia de pertenecer a la Iglesia, de ser piedras vivas de la Iglesia!

¿Cómo debemos agradecer este favor! No nos olvidemos, sin embargo, de que "noblesse oblige". Pertenecer a la Iglesia es cosa muy alta y muy ardua. Debemos pensar como la Iglesia piensa, sentir como la Iglesia siente, proceder como la Iglesia quiere que procedamos en todas las circunstancias de nuestra vida. Esto supone un sentido católico real, una pureza de costumbres auténtica y completa, una piedad profunda y sincera. En otros términos, supone el sacrificio de una existencia entera.

¿Y cuál es el premio? "Christianus alter Christus". Yo seré de un modo eximio una reproducción del propio Cristo. La semejanza de Cristo se imprimirá, viva y sagrada, en mi propia alma.

Ah, Señor, si es grande la gracia concedida a Verónica, cuanto mayor es el favor que a mí me prometéis.

Os pido fuerza y resolución para, por medio de una fidelidad a toda prueba, alcanzarlo verdaderamente.

7.A ESTACION

Jesús cae por segunda vez

Caer, quedar extendido en tierra, quedar a los pies de todos, dar pública manifestación de ya no tener fuerza, son estas las humillaciones a que Vos quisisteis sujetaros, Señor, para lección mía. De Vos nadie se compadeció. Redoblaron las injurias y los malos tratos. Y en tanto, vuestra gracia solicitaba en vano, en lo íntimo de aquellos corazones endurecidos, un movimiento de piedad.

¿En este momento quisisteis continuar vuestra Pasión para salvar a los hombres! ¿Qué hombres?

Todos, inclusive los que allí estaban aumentando en todas las formas vuestro dolor.

En mi apostolado, Señor, deberé continuar, aún cuando todas mis obras estuviesen por los suelos, aún cuando todos se unieran para atacarme, aún cuando la ingratitude y la perversidad de aquellos a quienes quise hacer bien se vuelvan contra mí.

No tendré la flaqueza de cambiar de camino para agradarlos. Mis vías sólo pueden ser las vuestras, esto es, las vías de la ortodoxia, de la pureza, de la austeridad. Mas, en vuestros caminos sufriré por ellos. Y unidos mis dolores imperfectos a vuestro dolor perfecto, a vuestro dolor infinitamente precioso, continuaré haciéndoles bien. Para que se salven, o para que las gracias rechazadas se acumulen sobre ellos como brasas ardientes, clamando por castigo. Fue lo que hicisteis con el pueblo deicida y con todos aquellos que hasta el fin Os rechazaron.

8.A ESTACION

Jesús consuela a las hijas de Jerusalén

No faltaron entonces almas buenas, que percibían la enormidad del pecado que se realizaba, y temían la justicia divina.

¿No presencio yo algún pecado así? Hoy en día, ¿no es verdad que el Vicario de Cristo es desobedecido, abandonado, traicionado? ¿No es verdad que las leyes, las instituciones, las costumbres son cada vez más hostiles a Jesucristo? ¿No es verdad que se construye todo un mundo, toda una civilización basada en la negación de Jesucristo? ¿No es verdad que Nuestra Señora habló en Fátima señalando todos estos pecados y pidió penitencia?

Entretanto ¿dónde está esa penitencia? ¿Cuántos son los que realmente ven el pecado y procu-

ran señalarlo, denunciarlo, combatirlo, disputarle paso a paso el terreno, levantar contra él toda una cruzada de ideas, de actos, de viva fuerza si fuere necesario?

¿Cuántos son capaces de desplegar el estandarte de la ortodoxia absoluta y sin mancha, en los propios lugares donde impera la impiedad o la piedad falsa? ¿Cuántos son los que viven en unión con la Iglesia este momento que es trágico, como trágica fue la Pasión, este momento crucial de la historia, en que una humanidad entera está escogiendo por Cristo o contra Cristo?

¡Ah, Dios mío, cuántos miopes que prefieren no ver ni presentir la realidad que les entra por los ojos! ¡Cuánta calma, cuánto bienestar menudo, cuánta pequeña delicia rutinaria! ¡Cuánto sabroso plato de lentejas a comer!

Dadme, Jesús, la gracia de no ser de este número. La gracia de seguir vuestro consejo, esto es, de llorar por nosotros y por los nuestros. No de un llanto estéril, sino de un llanto que se vierta a vuestros pies y que, fecundado por Vos se transforme para nosotros en perdón, en energías de apostolado, de lucha, de intrepidez.

9.A ESTACION

Jesús cae por tercera vez

Estáis, Señor mío, más cansado, más débil, más llagado, más exhausto que nunca. ¿Qué Os espera? ¿Llegasteis al término? No. Precisamente lo peor está por suceder. El crimen más atroz aún está por realizarse. Los dolores mayores aún están por ser sufridos. Estáis por tierra por tercera vez, y entretanto, todo esto que quedó atrás no es sino un prefacio. Y es que Os veo nuevamente moviendo este Cuerpo que es todo una llaga. Lo que parecía imposible se opera, y una vez más Os ponéis de pie lentamente, si bien que cada movimiento sea para Vos un dolor más. Estáis, Señor, nuevamente en pie, con vuestra Cruz. Supisteis encontrar nuevas fuerzas, nuevas energías y continuáis. Tres caídas, tres lecciones iguales de perseverancia, cada una más punzante y más expresiva que la otra.

¿Por qué tanta insistencia? Porque es insistente nuestra cobardía. Nos resolvemos a tomar nuestra cruz, mas la cobardía vuelve siempre a la carga. Y para que ella quedase sin pretextos de nuestra flaqueza, quisisteis Vos mismo repetir tres veces la lección.



Sí, nuestra flaqueza no puede servirnos de pretexto. La gracia, que Dios nunca niega, puede lo que las fuerzas meramente naturales no podrían.

Dios quiere ser servido hasta el último aliento, hasta la extenuación de la última energía, y multiplica nuestras capacidades de sufrir y de obrar, para que nuestra dedicación llegue a los extremos de lo imprevisible, de lo inverosímil, de lo milagroso. La medida de amar a Dios consiste en amarlo sin medidas, dice San Francisco de Sales. La medida de luchar por Dios consiste en luchar sin medidas, diríamos nosotros.

Yo, sin embargo, ¿cómo me canso de prisa! En mis obras de apostolado, el menor sacrificio me detiene, el menor esfuerzo me causa horror, la menor lucha me pone en fuga. Me gusta el apostolado, sí. Un apostolado enteramente conforme con mis preferencias y fantasías, al que me entrego cuando quiero, como quiero y porque quiero. Y después juzgo haber hecho a Dios una inmensa limosna.

Pero Dios no se contenta con esto. Para la Iglesia quiere El toda mi vida, quiere organización, quiere sagacidad, quiere intrepidez, la inocencia de la paloma, más la astucia de la serpiente, la dulzura de la oveja, más la cólera irresistible y avasalladora del león. Si fuera preciso sacrificar carrera, amistades, vínculos familiares, vanidades mezquinas, hábitos inveterados, para servir a Nuestro Señor, debo hacerlo. Pues este paso de la Pasión me enseña que a Dios debemos dar todo, absolutamente todo, y después de haber dado todo, aún debemos dar nuestra propia vida.

10.A ESTACION

Jesús despojado de sus vestiduras

Todo, sí, absolutamente todo. Hasta vergüenza debemos sufrir por amor a Dios y para la salvación de las almas.

Aquí está la prueba. El Puro por excelencia fue desnudado, y los impuros Lo escarnecieron en su pureza. Y Nuestro Señor resistió las burlas de la impureza.

¿No parece insignificante que resista la burla, quien ya resistió tantos tormentos? Entretanto, esta otra lección nos era necesaria. Por el desprecio de una criada, San Pedro negó. ¿Cuántos hombres habrán abandonado a Nuestro Señor por el temor al ridículo! Pues si hay gente que va a la guerra a exponerse a las balas y a la muerte para no ser escarnecida como cobarde, ¿no es bien exacto que hay ciertos hombres que tienen más temor de una risa que de cualquier otra cosa?

El Divino Maestro enfrentó el ridículo. Y nos enseñó que nada es ridículo cuando está en la línea de la virtud y del bien.

Enseñadme, Señor, a reflejar en mí la majestad de vuestro Semblante y la fuerza de vuestra perseverancia, cuando los impíos quieran manejar contra mí el arma del ridículo.

11.A ESTACION

Jesús clavado en la Cruz

La impiedad escogió para Vos, Señor mío, el peor de los tormentos finales. El peor, sí, pues es el que hace morir lentamente, el que

produce sufrimientos mayores, el que más infamaba porque era reservado a los criminales más abyectos. Todo fue preparado por el infierno para haceros sufrir, ya en el alma, ya en el cuerpo. Este odio inmenso ¿no contiene para mí alguna lección? Ay de mí, que jamás la comprenderé suficientemente si no llego a ser santo.

Entre Vos y el demonio, entre el bien y el mal, entre la verdad y el error, hay un odio profundo, irreconciliable, eterno. Las tinieblas odian la luz, los hijos de las tinieblas odian a los hijos de la luz, la lucha entre unos y otros durará hasta la consumación de los siglos, y jamás habrá paz entre la raza de la Mujer y la raza de la Serpiente. Para que se comprenda la extensión incommensurable, la inmensidad de este odio, contémplesse todo cuanto él osó hacer. Es el Hijo de Dios que ahí está, transformado, en la frase de la Escritura, en un leproso en el cual nada existe de sano, en un ente que se retuerce, como un gusano bajo el peso del dolor, detestado, abandonado, clavado en una cruz entre dos vulgares ladrones. ¡El Hijo de Dios: qué grandeza infinita, inimaginable, absoluta, se encierra en estas palabras! ¡Es, entretanto, lo que el odio osó contra el Hijo de Dios!

Y toda la historia del mundo, toda la historia de la Iglesia no es sino esta lucha inexorable entre los que son de Dios y los que son del demonio, entre los que son de la Virgen y los que son de la Serpiente. Lucha en la cual no hay apenas equívoco de la inteligencia ni sólo flaqueza, sino también maldad, maldad deliberada, culpable, pecaminosa, en las huestes angélicas y humanas que siguen a Satanás.

Es lo que precisa ser dicho, comentado, recordado, acentuado,

proclamado, y una vez más, recordado a los pies de la Cruz. Pues somos tales, y el liberalismo hasta tal punto nos desfiguró, que estamos siempre propensos a olvidar este aspecto imprescindible de la Pasión.

Conociólo bien la Virgen de las Vírgenes, la Madre de todos los dolores, que junto a su Hijo participaba de la Pasión. Conociólo bien el Apóstol virgen que a los pies de la Cruz recibió a María como Madre, y con esto tuvo el mayor legado que jamás fue dado a un hombre recibir. Porque hay ciertas verdades que Dios reservó para los puros, y niega a los impuros.

Madre mía, en el momento en que hasta el buen ladrón mereció perdón, pedid que Jesús me perdone toda la ceguera con que he considerado la obra de las tinieblas que se trama a mi alrededor.

12.A ESTACION

Jesús muere en la Cruz

Llegó por fin el ápice de todos los dolores. Es un ápice tan alto que se envuelve en las nubes del misterio. Los padecimientos físicos alcanzaron su extremo. Los sufrimientos morales alcanzaron su apogeo. Otro tormento debería ser la cumbre de tan inexpresable dolor: "Dios mío, Dios mío, ¿por qué Me has desamparado?". De un cierto modo misterioso, el propio Verbo Encarnado fue afligido por la tortura espiritual del abandono en que el alma no tiene consolaciones de Dios. Y tal fue este tormento, que El, de quien los Evangelistas no registraron ni una sola palabra de dolor, profirió aquel grito desgarrador: "Dios mío, Dios mío, ¿por qué Me has desamparado?".

Sí, ¿por qué? ¿Por qué si era El la propia inocencia? Abandono terrible seguido de la muerte, y de la perturbación de toda la naturaleza. El sol se oscureció. El cielo perdió su esplendor. La tierra se estremeció. El velo del Templo se rasgó. La desolación cubrió todo el universo.

¿Por qué? Para redimir al hombre. Para destruir el pecado. Para abrir las puertas del Cielo. El ápice del sufrimiento, fue el ápice de la victoria. Estaba muerta la muerte. La tierra purificada era como un gran campo devastado para que sobre ella se edificase la Iglesia.

Todo esto fue, pues, para salvar. Salvar a los hombres. Salvar este hombre que soy yo. Mi salvación costó todo este precio. Y yo no regatearé sacrificio alguno para

del limbo, en cuanto, en la tierra, en torno de vuestra Madre se reúnen unos pocos fieles para tributaros honras funerarias. Hay en el silencio de estos instantes una primera claridad de esperanza que nace. Estos primeros homenajes que Os son prestados son el marco inaugural de una serie de actos de amor de la humanidad redimida, que se prolongarán hasta el fin de los siglos.

Cuadro de dolor, de desolación, mas de mucha paz. Cuadro en que se presagia algo de triunfal en los cuidados indecibles con que vuestro divino Cuerpo es tratado.

Sí, aquellas almas piadosas se condolían, mas algo en ellas les hacía presentir en Vos al Triunfador Glorioso.

Pueda yo también Señor, en las grandes desolaciones de la Iglesia, ser siempre fiel, estar presente en las horas más tristes, conservando invariable la certeza de que vuestra Esposa triunfará por la fidelidad de los buenos, porque La asiste vuestra protección.

14.A ESTACION

Jesús puesto en el Sepulcro

Corrióse la laja. Parece todo acabado. Es el momento en que todo comienza. Es el reagrupamiento de los Apóstoles. Es el renacer de



asegurar salvación tan preciosa. Por el agua y por la Sangre que vertieron de vuestro divino Costado, por la Llaga de vuestro Corazón, por los dolores de María Santísima, Jesús, dadme fuerzas para desapegarme de las personas, de las cosas que me pueden apartar de Vos. Mueran hoy, clavadas en la Cruz, todas las amistades, todos los afectos, todas las ambiciones, todos los deleites que de Vos me separaban.

13.A ESTACION

Jesús bajado de la Cruz

El reposo del sepulcro Os aguarda, Señor. En las sombras de la muerte, abris el cielo a los justos

las dedicaciones, de las esperanzas. La Pascua se aproxima.

Al mismo tiempo, el odio de los enemigos ronda en torno del Sepulcro y de María Santísima y de los Apóstoles.

Pero ellos no temen. Y en poco relumbrará la mañana de la Resurrección.

Pueda también yo, Señor Jesús, no temer. No temer cuando todo parezca perdido irremediablemente. No temer cuando todas las fuerzas de la tierra parecieran puestas en manos de vuestros enemigos. No temer porque estoy a los pies de Nuestra Señora, junto a la cual se reagruparán siempre, y siempre una vez más, para nuevas victorias, los verdaderos seguidores de vuestra Iglesia.

VIRTUDES OLVIDADAS



ANTIGUA ESTATUA DE SAN BERNARDO

Odiar la compañía de los malos

De una carta a Suger, Abad de Saint-Denis y ministro del Rey de Francia:

Fuera de eso, me pregunto, ¿por qué continuáis teniendo relaciones con personas que no quieren conformarse con vuestra manera de ver, sobre todo en las cosas de que se trata? ¿Por qué se encubren ellas con vuestro nombre? Deberíais romper abiertamente con esos hombres sacrílegos y separaros de ellos, para poder decir con el Salmista: "Odié la asamblea de los malos y no quiero sentarme al lado de los impíos" (Sl. 25, 5) y mostrar a la Iglesia entera que nada tienes de común con ellos. Recordaos de estas palabras del Profeta, en el comienzo del primer salmo: "Feliz aquel que no tomó parte en el consejo de los malos" (Sl. I, I). (Carta 381 de la edición de Louis Vivés).

San Bernardo

Escriben los lectores:

Pbro. José Cadiz S. — Punta Arenas.

"El abajo suscrito, ha estado recibiendo algunos números de su muy buena y oportunísima revista "FIDUCIA". Vayan mis parabienes por los artículos tan del momento que se vive en nuestra Patria... Procuraré aumentar su número de ejemplares, para distribuir entre mis parroquianos, que harta falta les hace, ya que en su mayoría están imbuidos en las ideas marxistas. Espero que su lectura les hará cambiar de ruta..."

Pbro. Juan B. Núñez Nieto. — Rector del Colegio San Pedro Nolasco de Concepción y Párroco de la Merced.

"Saluda muy atte. al señor Director de "FIDUCIA", y le felicita

sinceramente por su notable labor periodística, que ella representa. Normalmente llega a esta Casa Mercedaria, su destacada publicación, que agradecemos de todo corazón. Felicitaciones sinceras".

Señora María Larraín de Valdés. — Santiago.

"Saluda muy atte. al Sr. Director de la revista "FIDUCIA", con cuya orientación concuerdo plenamente, y tiene el gusto de mandarle un cheque, para que tenga a bien contarla entre sus suscriptores, atención que le agradece sinceramente".

Pbro. Guillermo Varas A. — Santiago.

"...Cumplimentándolo por su interesantísima revista... pongo es-

tas líneas para que tenga la bondad de felicitar de todo corazón al señor Patricio Larraín Bustamante, por su artículo "¿Devoción pueril?" (agosto, 1963), muy grato para mí... Esto se lo manifiesto como sacerdote que se regocija con artículos como éste.

Lo saluda, lo felicita y lo bendice de todo corazón".

R. P. Alfredo, Capuchino. — P. Las Casas.

"Acuso recibo de tres números de la revista "FIDUCIA". Me gusta muchísimo por su nivel doctrinario...

...Voy a hacer propaganda para "FIDUCIA". Entre los capuchinos aquí hay mucho interés..."

R. P. José Ricart, Pbro. — Barcelona, España.

"Sr. Director de "FIDUCIA".

Muy distinguido señor director: He sabido que Ud. dirige una revista, de la que tengo inmejorables referencias. ¿Sería tan amable que me la hiciera llegar?

Soy sacerdote y publicista, y me interesa conocer y seguir su revista, de la que me han hablado con tanto elogio..."

Diego Dublé Urrutia, destacado intelectual y hombre de letras. Premio Nacional de Literatura.

"...en que se reproduce la traducción de la admirable y oportunísima obra del escritor brasileño señor Plinio Correa de Oliveira, "Revolución y Contra-Revolución", le agradece dicho envío, que Dublé ha leído con el mayor interés y admiración, íntegramente; felicitando como católico y como chileno al señor Del Campo y a los colaboradores..."

AMBIENTES, COSTUMBRES Y CIVILIZACIONES



Paganismo sombrío de la masa, alegría cristiana del pueblo

Los rostros, en sus detalles, varían casi al infinito; las expresiones fisonómicas no. Diríase que un solo deseo, una sola preocupación, un solo estado de espíritu domina a esta multitud. "Domina" es, en este caso, una expresión insuficiente. Se trata de un "dominar" tan radical, tan esclavizador, que esas almas parecen vacías de cualquier otro ideal o sentimiento. Si es que se puede hablar de ideal o de sentimiento, cuando se analizan almas así. Fuera del instante en que fueron fotografiados, ¿có-

mo viven estos hombres? ¿en qué creen? ¿en quién vuelcan amistad? ¿tienen una esposa? ¿juegan con los niños en el hogar? ¿amparan a un padre anciano, a una madre enferma? ¿gustan de la música, de la lectura o de paseos? En fin, ¿tienen algo en la vida en que complacerse? ¿Piensan a veces, por lo menos, que esta existencia es transitoria y que más allá de la muerte los aguarda la justicia y la misericordia de Dios?

Si algo de esto les sucede, parece ser de modo muy fortuito,

pues no deja en estas fisonomías ningún vestigio. Son hombres de acción, sin alma ni corazón, tan fríos, tan impersonales, y mejor diríamos tan inhumanos, como las máquinas en las cuales trabajan y de las cuales son meros accesorios.

Su condición común es la de trabajar. Pero el trabajo que ejecutan es pagano, opresivo, sin intervalos ni esparcimiento. Su preocupación es trabajar para vivir una vida en que todo no es sino trabajo.

¿Esclavos? Sí. Proletarios soviéticos en un comicio... El reino del odio y del demonio en la tierra.

Chinon, Departamento de Intre-et-Loire, en la Francia. Fondo de cuadro popular y ameno. Caserío modesto, variado y pintoresco, cuadro normal de una existencia afable, íntima y sin pretensiones. Existencia parcimoniosa de trabajadores, por cierto. Pero trabajadores cristianos, para los cuales el trabajo no es sino una condición para vivir, y el sentido profundo de la vida es el cultivo de los valores del espíritu con miras al Cielo.

La calle tiene la tranquilidad de los amenos ocios dominicales. Un cortejo nupcial le da un aire festivo y, por así decir, la ilumina enteramente con las puras y claras alegrías del ambiente de familia. En el primer plano una persona, apoyada en un bastón y ajena al cortejo, camina con el paso difícil de los artríticos. Se ve que trabaja, por cierto, y durante toda su vida trabajó. Pero, ¿es por encima de todo una operaria? ¿Es de cualquier forma una esclava, un accesorio de la máquina? No. Parece ser antes que nada una madre de familia, viviendo en el hogar y para el hogar. El trabajo marca su personalidad y la dignifica, sin por esto dominarla, ni excluir de ella o reducir a segundo plano valores infinitamente más altos.

Dos ambientes populares, dos formas de existencia, dos concepciones del trabajo. De un lado, el tenor de vida tranquilo y digno, el ambiente modesto, pero lleno de temperante lozanía, la concepción bautizada y afable del trabajo cristiano. De otro lado, la vida opresiva y fatigante, el ambiente saturado de egoísmo y de odio, la concepción materialista, brutal y mecánica del trabajo pagano.



ESTA EN VENTA EN CHILE

del Dr. Plinio Correa de Oliveira

REVOLU- CION Y CONTRA- REVOLU CION

**Un completo y profundo estudio sobre
la crisis actual y sus adecuadas soluciones**

**Una respuesta católica a la
Revolución en nuestros días**

(Si desea informarse escribanos a nuestra casilla)